

AGENDA CIUDADANA

KMT Y PRI

Lorenzo Meyer

La Prueba de Fuego.- La especie se extingue, pero en México se mantiene, debilitado, pero vivo, uno de los últimos ejemplares: el de los sistemas que no han experimentado la alternancia de partidos en el poder. Hasta hace unos días, Taiwan servía de hábitat a otro ejemplar de la especie, pero en las elecciones de la semana pasada el Kuomintang (KMT), tras medio siglo de monopolizar el poder, lo perdió y la “tercera ola democrática”, aunque menos fuerte que en el pasado, inundó las playas de esa isla a la que la China Popular reclama como provincia suya. Así, la singularidad de la experiencia política mexicana --una singularidad bastante desafortunada-- se hace cada vez más notoria por su impresionante resistencia a pasar la prueba de fuego de la democracia política.

Se pueden hacer mil malabarismos para demostrar que México ya es una democracia --el último argumento en ese sentido bien puede ser que la Unión Europea, que sólo firma tratados de libre comercio con democracias, acaba de firmar uno con México--, pero lo que no se puede negar que en nuestro país aún no ha tenido lugar la prueba definitiva del mecanismo fundamental de toda democracia política real: la transmisión pacífica y ordenada del mando de un partido a su opositor como resultado de elecciones libres, justas y equitativas. En realidad, desde su nacimiento como sociedad independiente, la mexicana, aunque lo ha intentado en numerosas ocasiones, nunca ha podido pasar con éxito esa prueba. La primera ocasión se presentó muy rápido, con las elecciones de 1828; en esa ocasión Manuel Gómez Pedraza --secretario de Guerra en el gabinete de Guadalupe Victoria y un moderado-- ganó las elecciones pero Vicente Guerrero --el insurgente radical-- hizo uso de la fuerza y le impidió asumir

el poder. Desde entonces han tenido lugar decenas de elecciones presidenciales, algunas realmente reñidas, pero aún estamos a la espera de que la voluntad de los ciudadanos sea respetada cuando el grupo o partido en el poder pierde en las urnas.

Para los sistemas políticos como para los individuos “la primera vez” es siempre una experiencia difícil, pero es indispensable pasar por ella y superarla para que la costumbre democrática eche raíces. Los Estados Unidos, hoy una de las democracias políticas más antiguas y consolidadas, pasaron la prueba en 1801, aunque no resultó fácil. En esa ocasión el grupo en el poder --los federalistas de John Adams y del inquieto, inteligente, aristocrático y antipopulista Alejandro Hamilton-- fue derrotado en las urnas por los republicanos del vicepresidente Tomás Jefferson --73 votos contra 64, en elecciones indirectas-- que se presentaron como los representantes de un “pueblo” al que se había alejado de los asuntos del gobierno. Pese a que en cualquier caso la élite de la Nueva Inglaterra mantendría el control de la presidencia, por varias semanas los derrotados intentaron una serie de maniobras (la Cámara de representantes debió votar 35 veces antes de que, finalmente, se aceptara a Jefferson como el ganador) para impedir que un opositor llegara a la Casa Blanca. Afortunadamente para el desarrollo político de Estados Unidos, las tensiones concluyeron con la aceptación de la voluntad de los electores y Jefferson, el aristocrático e inteligente propietario de Monticello en Virginia asumió el poder como el tercer presidente de la joven nación. La democracia norteamericana institucionalizó así la alternancia. Fue esa la primera vez en el mundo moderno que el voto popular obligó a la transmisión del poder de un partido (el término “partido” entonces se refería a organizaciones muy laxas, que en casi nada se asemejan a las actuales) a su oponente. Dos siglos después de inaugurada en el norte,

los mexicanos seguimos intentando, sin éxito, poner en marcha nuestra versión de la alternancia democrática.

Taiwán.- En muchos aspectos, la experiencia democrática de los Estados Unidos es un ejemplo lejano en el tiempo y para México es más útil volver los ojos a situaciones que, como la de Taiwan, si bien están lejos en el espacio resultan muy cercanas en el tiempo y, sobre todo, en la estructura.

El KMT nació cuando la Revolución Mexicana apenas se iniciaba, en 1912. Se trató de un partido nacionalista y revolucionario que, bajo el liderazgo del doctor Sun Yat-sen, se proponía hacer pasar a China de una monarquía débil y muy corrupta a una república moderna, democrática y efectivamente soberana. El KMT llegó finalmente a hacerse cargo del gobierno de una China particularmente caótica (había caído bajo el dominio de los “señores de la guerra “ locales), justamente en vísperas de la creación en México del PNR, es decir, en 1928. Hasta aquí termina la similitud política entre los dos países, pues mientras el PNR-PRM-PRI gobernó un sistema cada vez más estable, en China ocurrió lo contrario: la invasión japonesa y la guerra civil --la lucha entre comunistas y nacionalistas-- hizo que finalmente en 1949 el KMT fuera expulsado de la China continental y se refugiara en la isla de Formosa o Taiwan.

El KMT bajo el liderazgo del generalísimo y feroz anticomunista Chiang Kai-shek, logró en su nueva sede, en Taiwan, hacer realidad la dictadura que había ya intentado en China, pues controló de manera monopólica al ejecutivo, el legislativo y el judicial, igual que en el caso mexicano. Si bien en 1927 el pacto Calles-Morrow echó las bases para establecer una relación muy funcional entre el PNR-PRM-PRI y Estados Unidos (Washington aceptó el autoritarismo mexicano a cambio de estabilidad en su frontera sur), el anticomunismo del KMT le llevó a contar con la protección militar y la

ayuda económica, prácticamente incondicional, de los norteamericanos frente a la amenaza de la China comunista, que siempre ha considerado a Taiwan como parte integral de su territorio.

El programa del KMT estaba basado en tres principios que no eran muy distintos de los que contenían las plataformas del PNR-PRM-PRI: a) democracia, b) nacionalismo y c) derecho del pueblo a un nivel de vida digno. Sin embargo, el KMT, como el partido de Estado mexicano, terminó por ser cualquier cosa, menos un partido democrático, aunque al igual que en nuestro país, las elecciones en Taiwán se llevaron a cabo de manera más o menos regular, aunque sólo en los ochenta empezaron a tener contenido. En Taiwán o China Nacionalista, el KMT tuvo como cabeza del partido y del gobierno a Chiang Kai-shek hasta prácticamente su muerte en 1975. En 1975, Chiang Chin-kuo, hijo del generalísimo quedó al frente del KMT y en 1978 fue electo presidente. En este caso la experiencia del KMT nada tuvo que ver con el cambio sexenal del PRI.

Los ejércitos formados al calor de sus respectivas revoluciones, fueron el origen y base del poder en los dos partidos autoritarios, pero mientras en México el ejército desapareció del primer plano de la política y se mantuvo sólo como apoyo de última instancia del partido, en Taiwán, y como resultado de la amenaza de la China continental, las fuerzas armadas continuaron en el centro del escenario político. El ser una sociedad en la primera línea de fuego en la lucha contra el comunismo, llevó a que la ayuda norteamericana y las relaciones comerciales entre la isla y los Estados Unidos dieran como resultado una economía floreciente e integrada al mercado mundial antes que la mexicana. Aunque a partir de la entrada en efecto del Tratado de Libre Comercio

de la América del Norte en 1994, la diferencia en este campo entre Taiwán y México se ha reducido mucho.

El Inicio del Cambio.- La sólida tradición de corrupción que trajo el KMT de Chiang Kai-shek a Taiwán, más el dominio autoritario y absoluto del partido sobre toda la vida pública, llevaron a la construcción de una sólida red de relaciones ilegales e ilegítimas entre el gobierno de la isla y la poderosa y muy protegida élite económica. En los años ochenta, esa relación desembocó en una serie de escándalos mayúsculos y en el aumento de las demandas ciudadanas de una liberalización de la vida pública como forma de limpiar la vida pública.

En México, con una mayor flexibilidad institucional inicial que Taiwán, la reforma política se inició en los años setenta como resultado de la crisis del 68. En el caso de la China Nacionalista, esta apertura tardó más, pero finalmente en 1987 se derogó la ley marcial que estaba vigente desde 1949 y un partido de oposición que desde el decenio anterior había pagado su cuota de represión --el Partido Democrático Progresista o PDP-- empezó a funcionar dentro de una precaria competitividad y es precisamente esa organización la que hoy se acaba de alzar con la victoria electoral. La muerte del hijo de Chiang Kai-shek en 1988 aceleró el proceso de cambio y para el año siguiente Taiwán contó ya con una minoría de oposición en el Poder Legislativo. La posterior desaparición de la URSS, el final de la Guerra Fría y el que los nativos de Taiwán se mostraran más activos en su desafío al monopolio del poder que mantenían los que habían llegado tras la victoria comunista en el continente, fueron otros tantos factores que alentaron el cambio político en la isla.

En 1996, tras diez años de liberalización del autoritarismo, el KMT decidió arriesgarse y organizar las primeras elecciones directas para elegir presidente. Para

sorpresa de nadie, Lee Teng-hui, el líder del KMT, ganó (54%) sobre una oposición real pero dividida. Sin embargo, entre 1996 y el 2000 las circunstancias políticas se movieron a una velocidad sorprendente y Taiwan, de estar en una posición de atraso relativo en materia de modernización política con relación a México, dio un salto sorprendente y hoy ha pasado con éxito la prueba de la alternancia: en mayo el PDP estará en poder y el KMT pareciera ir ya a la deriva.

La Transición.- La explicación inmediata, que no la profunda, de la pérdida del poder por la vía electoral del viejo KMT, tiene que ver con varios factores. Por un lado, el personal: el esfuerzo del ganador, el abogado de 49 años Chen Shu-bian, hijo de jornaleros analfabetos, y que ya había sido alcalde de Taipei. El estilo personal de Chen es “remoto y casi como un robot” (*The New York Times*, 19 de marzo), pero el personaje, que fue defensor de opositores acusados de sedición al inicio de los años ochenta, que debió pasar ocho meses en la cárcel como resultado de su militancia en la oposición y cuya esposa fue víctima de un accidente que, se sospecha, fue en realidad un atentado del KMT, tiene una bien ganada fama de honesto en un sistema históricamente muy corrupto.

La compra de votos fue una práctica tan común del KMT en Taiwán como lo ha sido en el PRI. Sin embargo, y aunque ese mecanismo pareciera haber dejado de funcionar, persiste en el público la imagen del KMT como el partido del “dinero sucio” y del contubernio entre gobierno y empresarios. Y ese resultó ser otro factor de peso en el último resultado electoral.

Una tercera razón inmediata de la derrota del KMT fue la división interna del partido. El presidente Lee apoyó como candidato a un incondicional, lo que provocó que James Soong, otro alcalde de Taipei, dejara las filas del KMT, se llevara con él a una

parte del aparato y formara un partido independiente que logró el segundo lugar en las urnas mientras el candidato oficial del KMT quedó en un penoso tercer lugar. Si en los dos primeros puntos la similitud del caso taiwanés con el mexicano es grande, en este tercero no. En efecto, aunque en nuestras elecciones del 2000 hay también una lucha entre tres partidos, la ruptura dentro del PRI se dio hace tiempo --hace casi trece años-- y hoy la verdadera división se dan en el campo de una oposición que se resistió a acordar los términos de una alianza, en tanto que el partido oficial consiguió, aunque no sin trabajos, mantener la unidad, al menos en apariencia. Y esta división de opositores y unidad priísta es una de las claves de la posibilidad de que en México en julio el PRI vuelva a quedarse con el poder (al menos el presidencial) y que no ocurra lo de Taiwán.

Una última consideración: a Taiwán le afectó muy poco la crisis económica asiática de los noventa, por tanto la derrota del KMT no es resultado de una caída en la economía y sí, quizá, del rechazo moral y del hartazgo ciudadano ante los abusos del monopolio del poder. Y ese factor también puede estar presente ya en México.